



JUAN VELASCO MORENO

1988: NY-LA

(Crónica de un viaje a América)

con prólogo de
JUAN JOSÉ MARTÍN RAMOS

JUAN VELASCO MORENO

1988: NY-LA

(Crónica de un viaje a América)

Prólogo de

Juan José Martín Ramos

BORRAR LAS HUELLAS

por Juan José Martín Ramos

«La extensión del desierto se aproxima infinitamente a la eternidad de la película.»

JEAN BAUDRILLARD

A PUNTO DE ACABARSE la era Trump en los Estados Unidos, quienes ya sabemos que nunca visitaremos América la percibimos —a este lado del Paraíso—, tras este cuatrienio negro, dramático y cómico, ciertamente grotesco, más que nunca, como una realidad líquida —acaso gaseosa—, como un «nolugar», parte indeleble de una geografía mítica pero paradójicamente tangible, sin la que es imposible entender nuestra propia geografía vital y cultural. Autores europeos como Maiakovski y Kafka fijaron su mirada en América, y Julio Camba, José Moreno Villa y, con ellos, buena parte de nuestra generación

del 27, nos legaron notables páginas en su literatura de su paso por América —así el Harlem lorquiano, las estampas neoyorkinas de Moreno Villa y de Jardiel Poncela, los músicos negros de Guillén, las *jam sessions* de Concha Méndez y Elizabeth Mulder, los campos de algodón cernudianos, la verticalidad arquitectónica en que se fija Salinas, la California de José María Hinojosa...

No envejecemos en los años, sino —enmendando a Rilke, pero siguiendo a nuestro admirado José Ángel Cilleruelo— en los lugares (no en los propósitos, como afirmó el poeta austriaco). La ausencia de un lugar anticipa un epitafio y en el recuerdo, siguiendo el argumento de Cilleruelo, los ojos persiguen lo que ya no está... y —concluimos nosotros— fundan otro espacio: esa América de 1988: *NY-LA (Crónica de un viaje a América)*, en palabras de Juan Velasco, «América-espacio, la de los desplazamientos horizontales, la que se reinventa en cada milla, la que deja la Historia tras de sí como si se deshiciera de un papel insignificante».

Para quienes nunca visitaremos América, América ya la constituyen las *extrañas frutas* de Billie Holliday; las baladas de Pete Seeger y Woody Guthrie; el propio Pete Seeger destrozando el cableado de los amplificadores de

la guitarra de Bob Dylan cuando este quiso pasarse al sonido eléctrico; la Vandamm House y el monte Rushmore de cartón piedra de Hitchcock por el que se despeña el malvado Martin Landau; los neones futuristas de *Blade Runner*; esa fantasía hiperrealista de Ballard (reescrito por Cronenberg) que instituye en el choque frontal de un coche —no existiría América sin el automóvil— y en su herrumbre viscerada y ensangrentada el nuevo objeto de deseo de una definitiva comprensión de la pulsión sexual; el fundamento mítico que legitima el poder en *El hombre que mató a Liberty Valance*; lo es la América que atraviesa Humbert en su enloquecida fuga, en *Lolita*; la América de *los tres de Mississippi* y la de Sacco y Vanzetti; la América de Lincoln, como extraño icono de *western*; la himnica América de Walt Whitman y la íntima de Emily Dickinson. América es Cole Porter, George Gershwin, Irving Berlin, Charlie Parker y John Coltrane. Es esencialmente la atrabiliaria soledad nocturna de los *diner* de Edward Hopper. América es también Buffalo Bill, el general Custer, Eliot Ness y Al Capone y la Ley Seca; es el cobarde Robert Ford asesinando por la espalda a Jesse James, a través los mejores ojos de Andrew Dominik (2007) (o lo que es lo mismo, la capacidad americana de transformar su historia en relato de ficción); es el Nembutal que inició la leyenda de Marilyn Monroe;

la fantasía fílmica de Neil Armstrong pisando la rugosa cara de la luna, como el magnicidio de Kennedy en tanto que mejor *thriller* político de la historia del cine. Es el cuchillo de cocina que acecha tras la cortina de una ducha. Y Ted Bundy. Y Columbine. Pero lo es también, sobre todo, el *road-movie*, cualquier *road-movie* —en tanto que plasmación de la inabarcable horizontalidad geográfica y humana americana—, desde la agrídulce *Dos en la carretera* (Stanley Donen, 1967) hasta la liberadora *Thelma and Louise* (Ridley Scott, 1993), pasando por la inconformista *Easy Rider* (Dennis Hopper, 1969) o la entrañable y muy divertida *A propósito de Lewyn Davis* (Joel y Ethan Coen, 2013).

Digámoslo ya, 1988: *NY-LA (Crónica de un viaje a América)*, de Juan Velasco Moreno, es una maravillosa *road-movie* en formato literario. Pero es algo, o mucho, más. En 1988, Juan Velasco y Javier Fernández, y Wills —un hispanista norteamericano enamorado del *Quijote*—, emprenden un viaje por los Estados Unidos con el fin de recorrerlo desde Nueva York a Los Angeles. Buscaban «la velocidad, lo cambiante, la autopista era nuestro río de Heráclito donde nada puede ser dos veces. (...) desaparecer, no en lo social o en lo político, sino en las realidades siderales de los paisajes del desierto y en las

ciudades megalíticas de las dos costas.» No era ajena a ese plan, estoy convencido, la lectura de *En el camino*, de Jack Kerouac, y los viajes de Sal Paradise, Dean Moriarty y Carlo Marx sobre cuya pista me puso el propio Juan en los años universitarios, y sobre los que nos regocijábamos en nuestros viajes a la Facultad en su viejo *cuatro latas*. (Si no estoy equivocado, ya había habido un viaje previo similar de Javier Fernández y de nuestro llorado Miguel Sacristán Lucas, a quien, por supuesto, se homenajea en este *1988: NY-LA*. Y, por supuesto, todos ellos —Juan, Javi, Miguel, mi platónica musa María V. y otros amigos, que se conocían de años atrás— ya habían emprendido y compartido viajes domésticos, menos intrépidos, pero no por ello menos iniciáticos y determinantes.)

Juan Velasco y Javier Fernández terminaron viviendo y trabajando —cumplimiento de un destino— en los Estados Unidos como profesores de Literatura. Juan sigue allí (habiendo vivido ya más tiempo en los USA que en España) y actualmente es catedrático de Literatura en la Universidad de Santa Clara (California). Y sigue viajando, en un sentido no necesariamente extenso, de lo que dan cuenta sus trabajos filológicos y literarios como su edición de *Cartones de Madrid*, de Alfonso Reyes (Hiperión, 1988); su novela *Enamorado: La historia del Prínci-*

pe Bodhidharma (Miraguano Ediciones, 2000), o su incursión en el género poético en el inquietante *La masacre de los soñadores* (Polibea, 2011), en el que el drama del abuso sexual infantil se reviste, en su pesadilla, de la iconografía mítica del *western* americano.

La América que describe Juan Velasco en *1988: NY-LA* no difiere en nada realmente sustancial, de lo que toca a su naturaleza intrínseca de *escenario* —casi de plató—, de la que abandonará Trump en enero de 2021. Como es plenamente vigente, por el mismo motivo, el dibujo que de la misma hizo Jean Baudrillard en su célebre ensayo de 1987, con el que no podemos dejar de emparentar —aunque desde otra perspectiva— el diario de Velasco. Tanto reconocemos en 2020 nosotros —los hombres y mujeres que nunca visitaremos América— las imágenes que se desprenden de la hermenéutica de Baudrillard como de la erótica de Juan Velasco en 1987 y 1988, respectivamente, que de alguna manera *1988: NY-LA* constituye una singular e ilustre excepción a la por otra parte incontestable tesis de Cilleruelo. *1988: NY-LA* nunca será una elegía ni un epitafio porque su discurso no apela a un espacio vacío, abandonado, que sólo el recuerdo reconstruye con su equívoca medida de realidad y deseo. Como la *Blade Runner* de 1982 es, en palabras de Velasco, «una película sobre el aquí y aho-

ra», los Juan Velasco y Javier Fernández de 2020 —incluso Wills, del que se nos informa que ya murió hace años, solo, en Hollywood— no son más que la misma proyección de 1988 hacia el futuro —hacia nuestro presente—, pues el viaje americano —el de Humbert, el de Sal Paradise, el de Baudrillard, el de Juan, Javier y Wills— no conoce puntos cardinales, sino dimensiones cuánticas espaciotemporales (ese «Espacio» y ese «Futuro» con que se inicia y concluye *1988*), y sus distintos paisajes —las ciudades megalíticas, los pueblos, la carretera, el desierto— meras variaciones moleculares de una inestable imagen holográfica sobre el inalterable tapiz oscuro de ese firmamento atravesado por cuerdas invisibles. Sólo América podría haber sido la cuna de la teletransportación.

América en la descripción de Velasco es la del Gótico laico; la aferrada a su religión de lo pasajero; es la de la imposibilidad del regreso; la de los locos vagando por las calles de la ciudad, como inopinados ladrones de cuerpos; la del *kitsch* insoportable de los flamencos rosa; la de la frágil identidad desnuda y su fragmentariedad («In the desert, you can't remember your name» cantaba —y no es una coincidencia— el grupo América; e incluso aunque pudieras recordar tu nombre eso sólo significaría que lo habrías perdido inevitablemente en algún momento del

camino; y eleva a categoría la incontrovertible certeza de Leopoldo María Panero sobre sí mismo de que «que no seré nadie al fin, la roca lo dice y el valle lo difunde»).

No viajé con Juan Velasco y Javier Fernández ese verano de 1988, pero siempre he estado con ellos, en 1988 o en 2020. Con Wills y Miguel Sacristán, que ya no están. Eso es posible mientras América sea una realidad catódica, un celuloide, un led de 1600 x 900 píxels o una codificación de ceros y unos. Y en la esperanza de que el *cowboy* o millonario de turno que se escapa de la pantalla cada cuatro años no irrumpa en nuestro sueño ilustrado europeo de papel. Y si el sueño acaba en pesadilla, que acabe lo más pronto posible con un beso, un fundido y un *The End*.